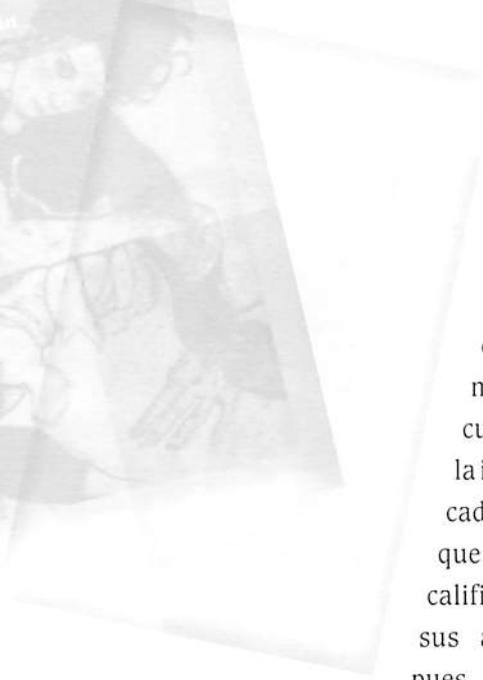


# Alta infidelidad: nuevos paradigmas en la literatura mexicana

*S*i entre 1950 y 1980 mucha de la narrativa escrita por mujeres en México estuvo estructurada en torno al conflicto de la transición entre el ya no ser la mujer que corresponde con el modelo tradicionalmente asignado y el todavía no ser una mujer liberada, en la novela *Alta infidelidad* de Rosa Beltrán, publicada en 2006, es posible encontrar otro conflicto: el de la mujer independiente enfrentada a sus nuevos modelos, modelos flexibles que le permiten la exploración de múltiples modos de ser, modelos que ella misma contribuyó a crear, pero que en determinados momentos siente que no puede sostener.

Esta multiplicidad de posibilidades de ser está presente en los personajes femeninos de la novela, donde ninguna de las mujeres ha optado por los mismos caminos que la otra. La vida de tres de ellas, sin embargo, coincide porque son amantes de Julián, un profesor de filosofía, con una ex mujer y un hijo; antigalán “con mal tono muscular y bolsas debajo de los ojos” (p. 7) que, próximo a los cincuenta años, se involucra con Marcela, de 33 años, licenciada en literatura, dedicada a los estudios de género, quien realiza una investigación sobre mujeres ilustres; con Silvina, de 31 años, quien se encuentra haciendo una estancia como funcionaria cultural



en Nueva York; y con Sabine, de 24, anesthesióloga que está montando una clínica.

El acertado título que la autora dio a la novela remite a varias cuestiones: no sólo alude a la infidelidad de Julián hacia cada una de estas mujeres, que al ser triple ya se podría calificar como alta, o hacia sus amigos Helga y Pável, pues son padres de Sabine; también conduce a pensar en

la *alta infidelidad* en contraposición con la *alta fidelidad*, cualidad que permite percibir el sonido emitido sin ninguna distorsión. La ausencia de esta última es uno de los principales problemas sobre los que la novela reflexiona: la incapacidad de los personajes para comunicarse sin distorsión, es decir, sin simulaciones, sin dudas, sin temores; su incapacidad para conocerse verdaderamente, y el vértigo que esto les ocasiona.

La novela es una reflexión profunda sobre el amor, la pasión, la pareja, la edad, el papel del cuerpo en relación con el alma y con el otro, y sobre los celos; este aspecto último es de importancia en la vida de las mujeres ilustres que Marcela investiga, quien, además de experimentarlos, empieza concibiéndolos como una dificultad, después considerándolos como una ganancia secundaria y termina concediéndoles un papel protagónico y viéndolos como un acicate, un catalizador. Es una reflexión sobre los nuevos problemas de la mujer. Ahora la dificultad no es tener "una habitación propia", lo que se le exige a la mujer apunta hacia otro lado. La madre de Marcela, por ejemplo, espera de ella el éxito. Y la relación de pareja ya no muestra un camino claro a seguir: "Si viviera en otro siglo, el siglo diecinueve o el dieciocho, por

no hablar de siglos más atrás, pensar en una profesión sería absurdo, inalcanzable, y en cambio para ella el hombre fue el anatema" (p. 41), pues cómo saber relacionarse cuando "se suponía que conservar a un hombre era un ideal anacrónico y poco deseable, pero no tenerlo se vivía como una pérdida" (p. 46) o cuando "hay acuerdos tácitos que no pueden romperse en una pareja, aunque de hecho se rompan. Faltar al pacto de respeto a la libertad del otro, por ejemplo" (p. 24).

En un complejo juego intertextual, Marcela va relacionando lo que encuentra en su investigación con lo que vive en su relación con Julián. Así, las referencias a mujeres ilustres, a obras literarias, a autoras y a autores son parte fundamental de la estructura del texto. El pensamiento de los personajes está moldeado por su profesión, su forma de razonar, las palabras que utilizan e incluso algunas frases. A través del pensamiento de Julián y de las pláticas de éste con Marcela también se descubren múltiples referencias a filósofos y sus teorías. Pero filosofía y literatura no son los únicos mundos presentes en el texto, también están la pintura, la escultura, la medicina, etcétera.

Dividida en 17 bloques, la novela está narrada principalmente en tercera persona; aunque por momentos adopta también la primera del plural cuando el narrador se desprende de la acción y la comenta con el lector: "¿Dónde quedaría su prestigio? / Podríamos preguntarnos y tendríamos razón: cuál prestigio." (p. 127); o la segunda del singular: "Sal a la calle, mira a ese hombre en una motocicleta con una niña detrás, una niña que oculta el rostro y te produce un vuelco en el estómago como si algo no estuviera bien, como si algo espantoso fuera a ocurrir entre ambos" (p. 92). Mediante estos cambios la autora involucra al lector, reconociéndolo, solicitando su participación, por un lado, y

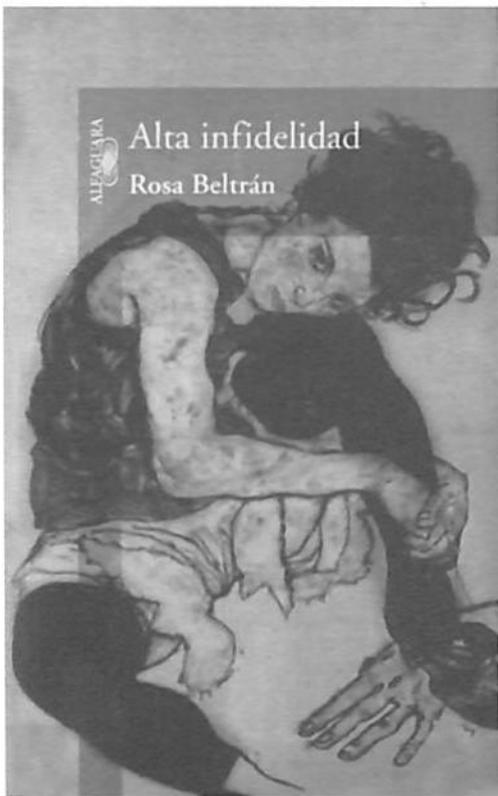
haciéndolo sentir parte del universo de los personajes, por el otro.

El narrador se ubica en el interior de uno de los personajes casi en todos los casos. En los primeros cinco bloques se narra la acción pasada a través de la subjetividad de Marcela; de tal suerte, se conocen los hechos, no con objetividad, sino según la interpretación de ella, tamizados por sus dudas y sus temores. A partir del sexto bloque el narrador se ubica en el interior de Julián; aunque hay pequeños momentos en los que se conoce lo que pasa en el interior de Silvina, y otros en los que se regresa a Marcela. La novela fluye como el diálogo interno de sus personajes, aun cuando no son ellos mismos quienes lo emiten, pues la primera persona no se utiliza. Cuando los personajes *dialogan* entre sí, la autora no

divide los textos, y la narración continúa siendo un fluir continuo. El texto del otro está absorbido por el diálogo interno, al igual que la acción y los espacios exteriores, de los que no se hallan profusas descripciones. Esta absorción del diálogo del otro apoya la idea de la incapacidad de comunicarse, pues no hay un diálogo real ni formal: "He ahí el problema del amor, que es una batalla en la que uno se siente siempre el centro" (p. 76).

Tradicionalmente se consideraba al hombre siempre como el centro, él era el Sujeto que decidía a quién tomaba o dejaba; Julián se siente así, el eje de estas relaciones que está seguro de que él maneja, la cuales cuando piden un compromiso mayor empiezan a estorbarle y le provocan que se debata entre dejarlas o no dejarlas; pero Julián va a ser sorprendido, porque ahora también las mujeres son Sujeto y, en tanto, las relaciones pueden terminar de diversas maneras. Al final de este camino, Marcela, Silvina y Sabine aprenden otra forma de relacionarse, para la cual supuestamente las mujeres están incapacitadas: la solidaridad. Y Julián... Julián no aprende nada.

*Alta infidelidad* es una obra llena de ironía y buen humor: "La crisis nerviosa fue sutil. Tomó la forma de una voz, la voz de su madre diciendo: mírate en mí. Las mujeres no necesitamos de la aprobación masculina. Esto la aterró bastante y la inspiró a hacer varias dietas. La de la luna, la de la piña y leche, la dieta de la desesperación, a base de restos de uñas" (p. 8). En ésta, lo que parece rotundo no lo es: los personajes toman decisiones tajantes que cambian al siguiente renglón, dudan en todo momento y se hacen mil preguntas que crean en el lector expectativas sobre sus posibles respuestas, para después no responderse nada. Esto, aunado al interesante manejo del narrador y a la profundidad reflexiva del texto, permite que su lectura nos revele, en cada ocasión, nuevas posibilidades. LC



Rosa Beltrán, *Alta infidelidad*, México, Alfaguara, 2006, 166 pp.